

Desnudos sudamericanos

Marcos Zimmermann



Marcos Zimmermann, *Ernesto, pescador de altura*.
Punta del Este, Uruguay (2008)

Sudamérica es una cuña rocosa y verde que se abre paso entre dos océanos insondables. Sus habitantes tienen raíces en mundos diferentes. Su historia está atravesada por alguna que otra época diáfana pero, mucho más, por capítulos turbios. Una tierra que aún no ha logrado explicarse como un todo sino, tal como la geografía política que hoy la divide, sólo por sectores. ¿Pero, qué significa Sudamérica para nosotros, los sudamericanos? ¿Hay una identidad común a los países que la integran? Y, en tal caso, ¿cuáles serían los retratos posibles de esta tierra?

Esta serie de fotos contiene una propuesta que, a primera vista, podría parecer descabellada. Imágenes de hombres de siete países del cono sur de América despojados de sus ropas y sorprendidos en sus propios mundos. Expuestos a la mirada de todos sólo con sus atributos físicos y el ambiente que los signa. Privados de todo aquello que los cubre y rodeados de lo poco que los cobija. Al fin y al cabo, ¿no es esta doble crudeza la imagen acorde a una región de historia tan ardua como la sudamericana?

Bastaría recordar que, en esta parte del mundo se alimentaron las fantasías más disparatadas de la Conquista y se desató la codicia por las riquezas que auguraba esta tierra. Luego se instauró la barbarie para sostener esa saga: se justificó con la cruz la crueldad de la pólvora frente al cuerpo desnudo, se aperrearon hombres y se desencadenaron orgías que duraron más de un lustro, como aquella del “Paraíso de Mahoma” que inauguró el mestizaje en gran escala en Asunción.

Desde entonces pasaron varios siglos pero algunos de esos gestos bárbaros aún perduran en el continente. Es por eso que esta serie de hombres desnudos intenta, a su manera, una reflexión cruda sobre esta tierra. Un retrato del cono sur de América en el cual sensualidad y vida cotidiana se entremezclan. En donde cualquier esteticismo propio del desnudo artístico queda sepultado por la realidad. Una actitud con la que se intenta recobrar ese sentido profundo que tuvo en sus orígenes el desnudo para el arte: despojar al modelo de todo lo superfluo como una forma de expresar el compromiso del arte con la pureza y con la verdad.

Estas son fotografías de gente verdadera. Y la exhibición franca de sus cuerpos en su propio entorno, no es más que una manera de desnudar aún más sus verdades. En el modo de exponerse están su historia, sus temores, sus anhelos, en el paisaje que aparece detrás, la otra mitad de sus vidas. Yo sólo me propuse hacer retratos que pudieran contener ese doble sueño. E intenté fotografiar hombres que tuvieran en su rostro la tierra donde nacieron, su paisaje, su clima. Cuerpos que mostraran señales de su historia, que sugirieran su manera de amar y que hasta dejaran entrever su futuro. Retraté chicos que aún no habían vivido, jóvenes que habían descubierto

hace poquísimos su hombría, padres maduros y ancianos que habían transpuesto casi toda su vida y ya no tenían miedo a nada. Fotografíé muchachos que se parecían a sus países, criollos que tenían la misma sensualidad de su tierra y machos que olían a Sudamérica. A todos, les pedí que posaran como lo que eran. Detrás, quedó como testimonio su propio ambiente.



Marcos Zimmermann, *Diego y Bernardo tomando mate. Montevideo, Uruguay (2008)*

No sé cuánto de estas intenciones perdura en las imágenes. El trabajo no fue fácil. Algunos países que imaginaba más predispuestos resultaron reticentes. En cambio otros, que pensaba imposibles, se mostraron más abiertos. Sé también que este retrato del sur de América es parcial. El grado de temor y de desinterés a la propuesta que mostraron las clases más altas de los países en donde trabajamos, fue igual de grande pero opuesto al desenfado y a la necesidad que movieron a las clases más bajas a prestarse a las fotografías. Por eso, este trabajo quedó acotado a la

predisposición de quienes aceptaron ser fotografiados, pero también al peso que la remuneración por su trabajo tuvo para muchos de ellos.

Lo que puedo asegurar es que todos los fotografiados han confiado en la idea que sustenta este ensayo. Por mi parte, he tratado de devolverles esta confianza exponiendo en cada imagen las verdades que, he visto, los rodeaban y que les pertenecen. Muchos han comprendido bien cuanto exponían, otros quizás menos. Seguramente, la mayoría de ellos no llegará a verse en mi libro ni tendrán clara conciencia de que dormirán impresos por años en bibliotecas de ciudades que no conocen. Tal vez, tampoco sabrán que han dejado plasmado para el futuro un pedazo de Sudamérica en cada una de sus poses, en su temor a mi cámara, en su desenfado, o en el esfuerzo por imitar cómo se posa en las revistas o en la televisión. Pero todos, a su manera, han tenido confianza.

Es por eso que estas fotografías son, en definitiva, un retrato hecho de a muchos. Un fresco del modo de pararse frente a la vida que tienen algunos hombres del cono sur de América y de ciertas formas de ser, de vivir, de trabajar, de creer y de esperar que existen hoy en este vastísimo territorio. Aunque, por sobre todas las cosas, este trabajo es el retrato de esa confianza que cada uno de estos hombres me ha brindado. Una confianza que, por sí sola, revela la enorme fe en el hombre que tienen los hombres sudamericanos.



Marcos Zimmermann, *Mario, changador. Mercado Rodríguez, La Paz, Bolivia* (2008)